

**Brillantes exámenes**—Es Carlos Vas Ferreira una de las figuras desolantes en la generacion nueva, que se halla, por decirlo así, prendida aun á los pechos de esa gran nodriza comun que se llama Universidad. En varias ocasiones, apesar de sus pocos años, ha conseguido ya llamar sobre sí la atencion con felicisimos ensayos literarios, llenos de originalidad, de inspiracion y de bellezas de estilo.

El hecho de saber que es una brillante promesa literaria no ha influido en Vas Ferreira,—(como ha sucedido en otros casos)—para apartarlo del estudio asiduo, y de una contraccion que merece ser citada como ejemplo. A la larga serie de sus notables exámenes acaba de agregar un brillante triunfo, con el que rindió anteayer en el aula de Literatura, mereciendo la clasificacion unáxima.

Felicitamos al jóven y distinguido estudiante, hacemos estensiva la felicitacion á sus compañeros de aulas José Pedro Varela, Horacio Garcia Lagos, Ramon Perez, José Puppo, Celedonio Nin y Silva, y Domingo Arenas (de la redaccion de *El Dia*), que tambien han dado en la misma asignatura, pruebas elocuentisimas de erudicion laboriosamente conquistada.

Samuel Blixén

# LOS MAESTROS DE ESCUELA

(DE LA NACIÓN)

SALAMANCA agosto de 1907

El homenaje rendido en esa república al que fué maestro de escuela don Antonio Zinny y la lectura de los discursos que ante su tumba leyeron los señores Reynal O'Connor, Figueroa y Seiber, me sugieren algunas reflexiones respecto al estado de consideración en que los maestros de escuela se encuentran entre nosotros.

Desde hace algunos años se ha puesto aquí en moda exaltar al humilde y modesto—son los dos epítetos consagrados y, en el fondo despectivos—maestro de escuela. Y no perdamos de vista todo lo terrible que es el que una idea ó un sentimiento cualquiera, por buenos que sean, se pongan en moda. Yo no sé las veces que habré oído repetir aquello de que la victoria de Sedán la debió Alemania á los maestros de escuela. Es un lugar común ya, y como tal lugar común y aparte de su exactitud, que juzgo muy deficiente, una fuente de errores.

Más, en el fondo al maestro de escuela se le desdén. Tiene que lidiar con chiquillos y á los niños se les manda á la escuela para que no den guerra en casa. ¡Terrible frase!

Sobre la institución del magisterio público de primeras letras pasa entre nosotros á través de los siglos un fatal peso de tradición. Es, como toda institución humana, esclava de su historia. Y la historia del magisterio público es lamentable.

En los pueblos de la antigüedad, de que recibimos la civilización, en Grecia y en Roma, educábase al ciudadano público ante todo y sobre todo para guerrero. Los primeros pasos eran los más ingratos y en su edad primera confiábase á esclavos. Los maestros de primeras letras eran, por lo común, esclavos. Un esclavo educaba al futuro amo de esclavos, en su más tierna niñez, y de este hecho tan sencillo se derivaron al cabo terribles consecuencias. Esclavo era el maestro de escuela y la tradición de esta esclavitud sigue pesando sobre él. Es natural, por lo tanto, que el oficio servil de enseñar las primeras letras al futuro ciudadano no fuese un oficio tenido en grande estima.

Nada, por otra parte, más conservador que la instrucción primaria. Verdaderamente llegó á ser, y sigue siendo en su mayor parte, un oficio servil. Cuando ya el paganismo parecía desterrado de toda vida pública, ó por lo menos cristianizado, continuaba más vivo que en parte alguna en la instrucción primaria, y hoy, cuando creemos cándidamente que la filosofía escolástica es algo que pertenece á la historia, tan sólo persiste viva en la instrucción primaria, pues ¿qué es si no escolástica toda la gramática que se da en las escuelas?

Así que la Iglesia, hubo vencido, parece que la instrucción primaria, como toda otra institución, cayó bajo su dominio, pero hay que confesar que en realidad la Iglesia no se cuidó gran cosa de ella, digan lo que quieran sus apologistas «a priori». Su misión no era propiamente promover la cultura de los pueblos, sino salvar las almas, dominándolas primero. Y para salvar las almas lo que había que enseñar á los fieles era lo preciso para que lograsen su salud eterna. Basta leer con cuidado el libro primero de las «Confesiones» de San Agustín para ver toda la desconfianza que habría de inspirar al cristiano la instrucción primaria, recibida de la antigüedad pagana y las lecturas del «dulcísimo» Homero.

La principal labor pedagógica de la Iglesia fué la de hacer sacerdotes, no la de hacer laicos ilustrados; su enseñanza era ante todo una enseñanza eclesiástica, teológica, y las ciencias mismas profanas tenían que servir al mejor esclarecimiento de la teología. El centro de toda instrucción era el símbolo de la fe. Y aun hoy en día y entre nosotros ¿cuál sino la enseñanza del catecismo de la doctrina católica es el nervio de la primera enseñanza?

La primera enseñanza como institución pública del estado y desligada ya, siquiera aparentemente, de la Iglesia, se debe más que á nada á la Reforma. Fué el protestantismo el que dió impulso á la enseñanza pública de las primeras letras. Combatiendo denodadamente contra la horrible doctrina teológica de la fe implícita, contra la fe del carbonero, y estableciendo la necesidad de que todo cristiano conozca por el mismo el Evangelio de Cristo, promovió la difusión de las Escrituras en lengua vulgar y para que todos pudieran leerlas fomentó la enseñanza de la lectura. El principio de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria puede decirse que es un principio de tradición protestante. Y de hecho son no pocos en los países católicos los hombres al parecer cultos que combaten ese principio y pretenden poner sobre el derecho del estado el derecho del padre de familia. He oído mil veces, y casi siempre de boca de católicos intrasigentes, sostener el derecho á la ignorancia y la supremacía del padre. ¡Y qué padres nos gastamos, Dios mío!

Así es cómo, por los pasos del Renacimiento, la Reforma y la Revolución, se ha llegado á la concepción del estado docente y á la idea de que es un deber del estado el dar á sus ciudadanos enseñanza gratuita de las primeras letras y además

de deber un derecho. Los maestros de escuela han llegado á ser funcionarios públicos, pero el peso de la tradición de esclavitud gravita sobre ellos.

Primero en la conciencia pública. A los más de nuestros pueblos les duele el dinero que tienen que pagar al maestro y no han llegado aún á comprender los beneficios de la enseñanza. «¿Por qué no manda usted á su hijo á la escuela?» preguntaba una vez á un campesino gallego, y contestó: «¿para qué? Conozco á muchos que se fueron á las Américas sin saber de letras y han vuelto ricos». El pobrecito no tomaba su cuenta los que por no saber de letras no podían de nada.

La escasez de sueldo del maestro tampoco es en positiva dependencia. «¿De qué se quejan?» exclamaba una vez un ingeniosísimo orador nuestro—¿cómo se quejan de que no ganan lo bastante si no han sabido educar á una generación que los pague? Otras veces se repite que no merecen por lo general ni aun lo poco que se les paga, pero aquí nos encontramos en este fatal círculo vicioso de si no se les paga más porque no lo merecen ó si no lo merecen porque no se les paga.

Durante largos años la carrera del magisterio primario parecía reservada á los inválidos de cuerpo y de espíritu. A nuestras normales iban á dar casi todos los mancos, cojos, tullidos y estropeados, casi todos los hijos de campesinos que no servían para las labores del campo y con ellos un buen número de fugados de seminario y otras especies de naufragos de la vida.

En las provincias españolas del litoral cantábrico, mientras las escuelas normales de maestras están muy nutridas de alumnas, á las de maestros apenas acuden aspirantes y es que los hombres desdén la carrera tan poco lucrativa. Prefieren emigrar. Y así, mientras en mi país vasco, por ejemplo, las más de las maestras son del propio país, los más de los maestros son de afuera.

Algo empieza á cambiar esto desde que las atenciones de primera enseñanza corren á cargo del estado, que les ha aumentado los sueldos.

El maestro se encuentra, en los pueblos es un estado de inferioridad social respecto al cura, al médico, al boticario, al abogado, y hasta, el veterinario á las veces. Sobre todo sufre de su dependencia respecto al cura, símbolo vivo de la tutela que la Iglesia ha ejercido sobre la enseñanza. Entre nosotros el maestro tiene obligación legal de enseñar en su escuela el catecismo de la doctrina católica y aun cuando el cura también la tenga, y además la de visitar en la escuela la escuela para alinear á los niños en esa doctrina, se descarga de ella sobre el maestro. Lo cual no quita que riña con éste cuando no lo haga como él cree que debe hacerse. Y además cuando la junta local de primera enseñanza asiste á los exámenes á la escuela es frecuente que el cura trate de poner en berlina al maestro y demostrar ante los ignorantes lugareños su superioridad en ilustración y cultura, superioridad que rara vez existe. Porque si el maestro gaba entre nosotros muy poco y lo sabe mal, el cura no sabe más y lo sabe peor.

La cultura de nuestro maestro de escuela es una de las cosas más dignas de estudio. La psicología especial que esa cultura imprime en él ha sabido describirla como pocos el doctísimo profesor de la universidad de Montevideo, Sr. Vaz Ferreira. Lo que en uno de los ensayos que constituyen su jugoso libro «Ideas y observaciones»—una obra que honra al país en que se produjo—dice de la psicología del maestro es de una admirable exactitud de observación. Para el maestro no hay término medio entre saber una cosa ó ignorar hasta su existencia; donde termina el círculo de sus conocimientos, se levanta una barrera. Si se siente con afición á la gramática, no la ampliará metiéndose en el campo de la filología, y si con afición á las matemáticas, no excursionará por el álgebra superior, el cálculo, etc. En vez de leer dos manuales de gramática, leerá cuarenta, y en vez de resolver cien problemas de aritmética elemental, resolverá mil ó un millón. El hábito de enseñar ha matado la curiosidad intelectual en él. Al maestro de escuela le sucede, por lo menos entre nosotros, lo que al jesuita, y es que cuanto más estudia menos sabe, porque siempre les está dando vueltas á las mismas cosas. Así es que lo que sabe parece saberlo bien, como el jesuita, pero, como éste, es reducidísimo, más en naturaleza que en extensión, lo que sabe.

«Bien, ¿y qué quiere usted que se le enseñe?», preguntaba una vez el director de un colegio á un padre que lo presentaba su hijo para que ingresase en él. Y el padre contestó: «Pues una tintura de todo; una tintura de gramática, una tintura de aritmética, una tintura de historia, una tintura de...». «Bueno, si le interrumpió el director—lo haremos maestro tintorero». Y eso son nuestros maestros de escuela: maestros tintoreros. O esto es, por lo menos, lo que se ha querido hacer de ellos, unos pequeños enciclopedistas. Causa horror considerar el número de cosas que en cuatro cursos se pretende meter en la cabeza de esos pobres muchachos que vienen de los pueblos en un estado de perfecta ignorancia enciclopédica. ¡Y así salen ellos!

En primer lugar, pedantes y llenos de prejuicios. No hay más que ir á un maes-

tro á decirle algo que ellos crean va contra la gramática. El gerundio es tan sagrado como el más sagrado de los dogmas. Cuando por primera vez habló yo en público contra la enseñanza de la gramática, sosteniendo que no es lo mismo enseñar gramática que enseñar lengua y que se puede y se debe enseñar á hablar y escribir con corrección y expresividad sin que sea menester para ello meterle á uno toda esa escolástica gramatical con sus pronombres, conjunciones, proposiciones, gerundios, pluscuamperfectos, gerundios, etcétera, ¡menuda fué la que me armaron unos señores maestros de escuela! No les cabía en la cabeza el que el decir, V. gr. «si yo tendría...» en vez de «si yo tuviera...» no dependa de ignorar cómo se llama á este tiempo del verbo. Y he puesto, precisamente un ejemplo en que la gramática tradicional que en nuestras escuelas se enseña, la de la Real Academia Española—gramática que es un centón de despropósitos y desatinos—suelta uno de sus acostumbrados dislates. Pues incluye juntas, bajo la categoría de pretérito imperfecto de subjuntivo, tres formas como «tuviera», «estuviera» y «tuvieses», que ni son pretéritos ni cosa que lo valga. Porque «tuviera» es un condicional y un condicional presente—«si yo tuviera ahora dinero...»—y «estuviera» es un potencial también presente—«estuviera ese terreno». Y, sin embargo, el habernos enseñado á todos este desatino académico no ha impedido el que distingamos muy bien entre una y otra forma.

Pero lo que ha acabado de estropear al maestro de escuela, es eso que llaman ellos pedagogía. Como es su conocimiento específico, aquello cuya ciencia creen la distingue de los demás, se han agarrado á la pedagogía y no hay quien en ella les resista. Sostienen muy serios que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla, es decir, que hay dos físicas, una que se aprende para aplicarla en la industria y otra para enseñarla á los niños. No se han penetrado de la idea de que en la enseñanza más importante aun que el cómo se ha de enseñar algo es el saber qué es lo que se ha de enseñar y sobre todo qué es lo que no se ha de enseñar.

El ya citado profesor montevideano, señor Vaz Ferreira, expone en su precioso libro susentado consideraciones, de las más juiciosas que he leído respecto á pedagogía; su trabajo puede ponerse al lado de los mejores que hayan podido hacerse en otra cualquier nación que pase por culta. Si se tuvieran siempre en cuenta los principios que el señor Vaz Ferreira propugna no se darían tantos casos de pedagogos poco ó nada maestros, traídos y pagados, como cosa especial; no se daría el caso por ejemplo, de que una señora pedagoga al servicio de la República Argentina escribiera un libro de lectura del idioma nacional, es decir, de la lengua castellana—que éste es su nombre histórico y propio—sin saber ese idioma, que no es el suyo propio y barbarizándole en él de una manera deplorable. Porque lo primero que hace falta para escribir en una lengua cualquiera, y la castellana no hace excepción al respecto, es saber la lengua en que se va á escribir. Como que las malas traducciones suelen depender más que de no saber el traductor la lengua de que traduce, de no saber bien aquella á que va á traducir, aunque sea la propia suya. Y la experiencia demuestra que en la enseñanza de una lengua extranjera, sea el alemán ó español, consigue más resultado un español que sepa suficiente alemán, que no un alemán que apenas sepa el español.

Volviendo á la enseñanza de la lengua, que es la principal tarea del maestro de escuela—lo que llaman ahora lecciones de cosas rara vez pasan de ser lecciones de nombres, como aquella que según el Génesis (cap. II 19, 20), dió Jehová á Adán cuando le presentó las bestias y aves todas para que viese cómo les había de llamar—la tal enseñanza de la lengua puede muy bien hacerse sin aparato gramatical. Lo que hace falta para enseñarla es conocerla y conocerla, á poder ser científicamente, es decir, en su historia y su desarrollo, en su proceso de vida. Conocimiento que exige, tratándose de nuestra lengua castellana, el conocimiento del latín, su madre.

Y he aquí como he venido á parar á la cuestión de la enseñanza del latín, que veo se agita ahora entre algunos elementos de esa nación. De ellos diré algo otro día.

MIGUEL DE UNAMUNO.

## Crónica extranjera

### LOS MAESTROS DE ESCUELA

Salamanca, Agosto de 1907.

El homenaje rendido en esa república al que fué maestro de escuela don Antonio Zinny y la lectura de los discursos que ante su tumba leyeron los señores Reynal O'Connor, Figueroa y Seeber, me sugieren algunas reflexiones respecto al estado de consideración en que los maestros de escuela se encuentra entre nosotros.

Desde hace algunos años se ha puesto aquí en moda exaltar al «humilde y modesto»—son los dos epítetos consagrados y, en el fondo despectivos—maestro de escuela. Y no perdamos de vista todo lo terrible que es el que una idea ó un sentimiento cualquiera, por buenos que sean, se pongan en moda. Yo no sé las veces que habré oído repetir aquello de que la victoria de Sedán la debió Alemania á los maestros de escuela. Es un lugar común ya, y como tal lugar común y aparte de su exactitud, que juzgo muy deficiente, una fuente de errores.

Mas, en el fondo al maestro de escuela se le desdeña. Tiene que lidiar con chiquillos y á los niños se les manda á la escuela para que no den guerra en casa. ¡Terrible frase!

Sobre la institución del magisterio público de primeras letras pasa entre nosotros á través de los siglos un fatal peso de tradición. Es, como toda institución humana, esclava de su historia. Y la historia del magisterio público es lamentable.

En los pueblos de la antigüedad, de que recibimos la civilización, en Grecia y en Roma, educábase al ciudadano público ante todo y sobre todo para guerrero. Los primeros pasos eran los más ingratos y en su edad primera confiábasele á esclavos. Los maestros de primeras letras eran por lo común, esclavos. Un esclavo educaba al futuro amo de esclavos, en su más tierna niñez, y de este hecho tan sencillo se derivaron al cabo terribles consecuencias. Esclavo era el maestro de escuela y la tradición de esta esclavitud sigue pesando sobre él. Es natural, por lo tanto, que el oficio servil de enseñar las primeras letras al futuro ciudadano no fuese un oficio tenido en grande estima.

Nada, por otra parte, más conservador que la instrucción primaria. Verdaderamente llegó á ser, y sigue siendo en su mayor parte, un oficio servil. Cuando ya el paganismo parecía desterrado de toda vida pública, ó por lo menos cristianizado, continuaba más vivo que en parte alguna en la instrucción primaria, y hoy, cuando creemos cándidamente que la filosofía escolástica es algo que pertenece á la historia, tan sólo persiste viva en la instrucción primaria pues ¿qué es si no escolástica toda la gramática que se da en las escuelas?

Así que la iglesia hubo vencido, parece que la instrucción primaria, como toda otra institución, cayó bajo su dominio, pero hay que confesar que en realidad la iglesia no se cuidó gran cosa de ella, digan lo que quieran sus apologistas «á priori». Su misión no era propiamente promover la cultura de los pueblos, sino salvar las almas, dominándolas primero. Y para salvar las almas lo que había que enseñar á los fieles era lo preciso para que lograsen su salud eterna. Basta leer con cuidado el libro primero de las «Confesiones» de San Agustín para ver toda la desconfianza que habría de inspirar al cristiano la instrucción primaria recibida de la antigüedad pagana y las lecturas del «dulcísimo vano» Homero.

La principal labor pedagógica de la Iglesia fué la de hacer sacerdotes, no la de hacer laicos ilustrados; su enseñanza era ante todo una enseñanza eclesiástica,

teológica, y las ciencias mismas profanas tenían que servir al mejor esclarecimiento de la teología. El centro de toda instrucción era el símbolo de la fe. Y aun hoy en día y entre nosotros ¿cuál sino la enseñanza del catecismo de la doctrina católica es el nervio de la primera enseñanza?

La primera enseñanza como institución pública del estado y desligada ya, siquiera aparentemente de la Iglesia, se debe más que nada á la Reforma. Fué el protestantismo el que dió impulso á la enseñanza pública de las primeras letras. Combatiendo denodadamente contra la horrible doctrina teológica de la fe implícita, contra la fe del carbonero, y estableciendo la necesidad de que todo cristiano conozca por sí mismo el Evangelio de Cristo, promovió la difusión de las Escrituras en lengua vulgar y para que todos pudieran leerlas fomentó la enseñanza de la lectura. El principio de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria puede decirse que es un principio de tradición protestante. Y de hecho son no pocos en los países católicos los hombres al parecer cultos que combaten ese principio y pretenden poner sobre el derecho del estado el derecho del padre de familia. He oído mil veces, y casi siempre de boca de católicos intransigentes, sostener el derecho á la ignorancia y la supremacía del padre. Y qué padres nos gastamos, Dios mío!

Así es como, por los pasos del Renacimiento, la Reforma y la Revolución, se ha llegado á la concepción del estado docente y á la idea de que es un deber del estado el dar á sus ciudadanos enseñanza gratuita de las primeras letras y además de deber un derecho. Los maestros de escuela han llegado á ser funcionarios públicos, pero el peso de la tradición de esclavitud gravita sobre ellos.

Primero en la conciencia pública. A los más de nuestros pueblos les duele el dinero que tienen que pagar al maestro y no

han llegado aún á comprender los beneficios de la enseñanza. «¿Por qué no manda usted á su hijo á la escuela?» preguntaba una vez á un campesino gallego, y contestó: «¿para qué? Conozco á muchos que se fueron á las Américas sin saber de letras y han vuelto ricos». El pobrecito no tomaba en cuenta los que por no saber de letras no pasaron de pobres.

La escasez de sueldo del maestro lo pone en positiva dependencia. «¿De qué se quejan?»—exclamaba una vez un ingeniosísimo orador nuestro—¿cómo se quejan de que no ganan lo bastante si no han sabido educar á una generación que les pague? Otras veces se repite que no merecen por lo general ni aun lo poco que se les paga, pero aquí nos encontramos en este fatal círculo vicioso de si no se les paga más porque no lo merecen ó si no lo merecen porque no se les paga.

Durante largos años la carrera del magisterio primario parecía reservado á los inválidos de cuerpo y de espíritu. A nuestras normales iban á dar casi todos los mancos, cojos, tullidos y estropeados, casi todos los hijos de campesinos que no servían para las labores del campo y con ellos un buen número de fugados de seminario y otras especies de naufragos de la vida.

En las provincias españolas del litoral cantábrico, mientras las escuelas normales de maestras están muy nutridas de alumnas, á las de maestros apenas acuden aspirantes, y es que los hombres desdeñan carrera tan poco lucrativa. Prefieren emigrar. Y así, mientras en mi país vasco, por ejemplo, las más de las maestras son del propio país, los más de los maestros son de afuera.

Algo empieza á cambiar esto desde que las atenciones de primera enseñanza corren á cargo del estado, que les ha aumentado los sueldos.

El maestro se encuentra en los pueblos

en un estado de inferioridad social respecto al cura, al médico, al boticario, si lo hay, y hasta el veterinario á las veces. Sobre todo sufre de su dependencia respecto al cura, símbolo vivo de la tutela que la Iglesia ha ejercido sobre la enseñanza. Entre nosotros el maestro tiene obligación legal de enseñar en su escuela el catecismo de la doctrina católica y aún cuando el cura también la tenga, y además la de visitar cada sábado la escuela para aleccionar á los niños en esa doctrina, se descarga de ella sobre el maestro. Lo cual no quita que riña con éste cuando no lo haga como él cree que debe hacerse. Y además cuando la junta local de primera enseñanza asiste á los exámenes á la escuela es frecuente que el cura trate de poner en berlina al maestro y demostrar ante los ignorantes lugareños su superioridad en ilustración y cultura, superioridad que rara vez existe. Porque si el maestro sabe entre nosotros muy poco y lo sabe mal, el cura no sabe más y lo sabe peor.

La cultura de nuestro maestro de escuela es una de las cosas más dignas de estudio. La psicología especial que esa cultura imprime en él ha sabido describirla como pocos el doctísimo profesor de la Universidad de Montevideo, señor Vaz Ferreira. Lo que en uno de los ensayos que constituyen su jugoso libro «Ideas y observaciones»—una obra que honra al país en que se produjo—dice de la psicología del maestro es de una admirable exactitud de observación. Para el maestro no hay término medio entre saber una cosa é ignorar hasta su existencia; donde termina el círculo de sus conocimientos, se levanta una barrera. Si se siente con afición á la gramática, no la ampliará metiéndose en el campo de la filología, y, si con afición á las matemáticas, no excursionará por el álgebra superior, el cálculo, etc. En vez de leer dos manuales de gramática, leerá cuarenta, y en vez de resolver cien problemas de aritmética elemental, resolverá mil ó un millón. El hábito de enseñar ha matado la curiosidad intelectual en él. Al maestro de escuela le sucede, por lo menos entre nosotros, lo que al jesuita, y es que cuanto más estudia menos sabe, porque siempre les está dando vueltas á las mismas cosas. Así es que lo que sabe parece saberlo bien, como el jesuita, pero, como éste, es reducidísimo, más en naturaleza que en extensión, lo que sabe.

«Bien, ¿y qué quiere usted que se le enseñe?», preguntaba una vez el director de un colegio á un padre que le presentaba su hijo para que ingresase en él. Y el padre contestó: «Pues una tintura de todo; una tintura de gramática, una tintura de aritmética, una tintura de historia, una tintura de...» «Bueno, sí—le interrumpió el director—le haremos maestro tintorero». Y eso son nuestros maestros de escuela: maestros tintoreros. O esto es, por lo menos, lo que se ha querido hacer de ellos, unos pequeños enciclopedistas. Causa horror considerar el número de cosas que en cuatro cursos se pretende meter en la cabeza de esos pobres muchachos que vienen de los pueblos en un estado de perfecta ignorancia enciclopédica. ¡Y así salen ellos!

En primer lugar, pedantes y llenos de prejuicios. No hay más que irle á un maestro á decirle algo que ellos crean ya contra la gramática. El gerundio es tan sagrado como el más sagrado de los dogmas.

Cuando por primera vez hablé yo en público contra la enseñanza de la gramática, sosteniendo que no es lo mismo enseñar gramática que enseñar lengua y que se puede y se debe enseñar á hablar y escribir con corrección y expresividad sin que sea menester para ello meterle á uno toda esa escolástica gramatical con sus pronombres, conjunciones, proposiciones, genitivos, pluscuamperfectos, gerundios, etcétera, ¡menuda fué la que me armaron unos señores maestros de escuela! No les cabía en la cabeza el que el decir v. gr. «si yo tendría...» en vez de «si yo tuviera...» no dependa de ignorar cómo se llama á este tiempo del verbo. Y he puesto

precisamente un ejemplo en que la gramática tradicional en que en nuestras escuelas se enseña, es de la Real Academia Española—gramática que es un cantón de despropósitos y desatinos—suelta uno de sus acostumbrados dislates. Pues incluye juntas, bajo la categoría de pretérito imperfecto de subjuntivo, tres formas como «tuviera», «tendría» y «tuviese», que ni son pretéritos ni cosa que lo valga. Porque «tuviera» es un condicional y un condicional presente—«si yo tuviera ahora dinero...»—y «tendría» es una potencial también presente—«tendría ese terreno. Y, sin embargo, el habernos enseñado á todos este desatino académico no ha impedido el que distingamos muy bien entre una y otra forma.

Pero lo que ha acabado de estropear al maestro de escuela, es eso que llaman ellos pedagogía. Como es su conocimiento específico, aquello cuya ciencia creen les distingue de los demás, se han agarrado á la pedagogía y no hay quien en ella les resista. Sostienen muy serios que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla, es decir, que hay dos físicas, una que se aprende para aplicarla en la industria y otra para enseñarla á los niños. No se han penetrado de la idea de que en la enseñanza más importante aún que el «cómo se ha de enseñar algo es el saber «qué» es lo que

se ha de enseñar y sobre todo «qué» es lo que no se ha de enseñar.

El ya citado profesor montevideano, señor Vaz Ferreira, expone en su precioso libro susomado consideraciones, de las más juiciosas que he leído respecto á pedagogía; su trabajo puede ponerse al lado de los mejores que hayan podido hacerse en otra cualquier nación que pase por culta.

Si se tuvieron siempre en cuenta por los principios que el señor Vaz Ferreira propugna no se darían tantos casos de pedagogos poco ó nada maestros, traídos y pagados, como cosa especial; no se daría el caso por ejemplo, de que una señora pedagoga al servicio de la República Argentina escribiera un libro de lectura del idioma nacional, es decir, de la lengua castellana,—que éste es su nombre histórico y propio—sin saber ese idioma, que no es el suyo propio y barbarizando en él de una manera deplorable. Porque lo primero que hace falta para escribir en una lengua cualquiera, y la castellana no hace excepción al respecto, es saber la lengua en que se va á escribir. Como que las malas traducciones suelen depender más que de no saber el traductor la lengua de que traduce, de no saber bien aquello á que va á traducir, aunque sea la propia suya. Y la experiencia demuestra que en la enseñanza de una lengua extranjera, sea el alemán ó español, consigue más resultado un español que sepa suficiente alemán que no un alemán que apenas sepa el español.

Volviendo á la enseñanza de la lengua que es la principal tarea del maestro de escuela—lo que llaman ahora lecciones de cosas rara vez pasan de ser lecciones de nombres, como aquella que según el Génesis (cap. II 19, 20), dió Jehová á Adán cuando le presentó las bestias y aves todas para que viese como les había de llamar—la tal enseñanza de la lengua puede muy bien hacerse sin aparato gramatical. Lo que hace falta para enseñarla es conocerla y conocerla, á poder ser científicamente, es decir, en su historia y su desarrollo, en su proceso de vida. Conocimiento que exige, tratándose de nuestra lengua castellana, el conocimiento del latín, su madre.

Y he aquí como he venido á parar á la cuestión de la enseñanza del latín, que veo se agita ahora entre algunos elementos de esa nación. De ella os diré algo otro día.

Manuel de Unamuno.

MIGUEL

DE LEÓN SEGUY

# “Moral para intelectuales”

Entre los pensadores americanos que, en la actual época, han llamado más nuestra atención y más han ocupado nuestra inteligencia, contar podemos á Williams James y á Carlos Vaz Ferreira. Para nosotros son estos dos hombres las dos cabezas pensantes del nuevo continente. El primero en el norte, el segundo en el sur, demarcan de un modo claro y definido la última jornada y la postrera etapa que la filosofía moderna ha alcanzado entre nosotros. Williams James tiene conquistada ya una fama universal.

Pocos libros de filosofía se abren sin que, aún mismo por parte de los más orgullosos autores europeos, no se encuentre citado al pensador norteamericano. Este, durante un largo tiempo y con la publicación de diversas obras, ha conseguido imponer sus ideas y parangonarse con los pensadores más eminentes del mundo. Esto no obsta, sin embargo, para que en Vaz Ferreira veamos un digno colega de W. James; porque no debemos olvidar que el primero es joven todavía y no ha tenido tiempo aún para, desenvolviendo ampliamente una filosofía original, á la que tiende de una manera evidente, adquirir la autoridad universal de su colega, la que, como al filósofo del sur de América, le corresponde legítimamente. Además, los filósofos son siempre los que más tardan en hacerse conocer y en obtener el beneplácito de los intelectuales, por la sencilla razón de que toda la gloria y autoridad de esa clase de literatos depende exclusivamente del triunfo de una idea, la cual, á más de las dificultades que ofrece para ser hallada, expuesta y probada, presenta esta otra: que una idea nueva en filosofía viene generalmente á sustituir á otra anterior, de lo que se origina una larga y cruenta lucha, que dura á veces pocos años, y otras, siglos enteros. Si sólo con la imaginación y ateniéndonos puramente á la tenacidad de la memoria, recorreremos el ancho escenario en que se han desarrollado las distintas escuelas filosóficas, desde los griegos hasta nuestros días, veremos que la popularidad de una sola idea ha costado tanto y aún mismo mucho más que la conquista de un país extraño. En la mayor parte de las ocasiones, las ideas de un pensador independiente y único, de un filósofo, en fin, permanecen como ocultas, como veladas y como de incógnito en los espíritus elegidos: los discípulos, los amigos ó los colegas de un hombre de genio. De ahí van, de un modo lento, pasando, gradualmente, á las inteligencias más altas, y de éstas á las más bajas, y después de todo, al pueblo en general, tal como la brillante y delgada columna de mercurio de un

barómetro que es retirado del sol, esplendente y luminoso, llevándole á la sombra.

Los novelistas, los oradores y los poetas particularmente son los que popularizan siempre una escuela filosófica. Esto es lo que ha pasado en los pueblos antiguos y modernos de Asia y Europa; pero esto es también precisamente lo que, en la actualidad, al menos, es casi imposible en América, por la triste y lamentable causa de la absoluta falta de independencia intelectual y moral que se nota en el mayor número de nuestros escritores. De manera que, vulgarizada la filosofía europea por los escritores europeos, por ejemplo, los literatos americanos continúan, al imitar á aquéllos, propagando una filosofía extraña, de modo que un pensador americano que sienta una idea nueva queda totalmente aislado y librado á su propio esfuerzo, no siendo, pues, cosa inaudita que los pocos filósofos que tenemos sean conocidos casi exclusivamente de sus discípulos y de las pocas personas que estudian la ciencia de las ciencias. Podría fácilmente indicar á muchos distinguidos literatos americanos que amparan sus ideas en los filósofos extranjeros y no en Williams James, por ejemplo, que en nada cede á los otros. A pesar de esto, hay uno que otro escritor nativo, y precisamente los más notables, que en James han fundamentado no pocos pensamientos capitales de sus obras. Ya ve el lector que, si, en Europa, le ha sido doloroso á muchos filósofos conquistar fama y popularidad, más cruento es eso en América, por los motivos ya expuestos y otros muchos que sería incómodo citar.

Nuestros deseos son decir lo que hemos sentido y pensado al leer el último libro del doctor Vaz Ferreira; pero, desgraciadamente, no disponemos del tiempo necesario para hacerlo debidamente, ni tampoco de excepcionales aptitudes para ahondar problemas filosóficos, dando un juicio serio sobre la producción de una inteligencia de primera magnitud. Bastenos manifestar que, teniendo forzosamente que escribir durante muchas horas diarias, hemos abandonado los trabajos propios para leer el libro de Vaz Ferreira. Ciertamente que, leída una sola vez la obra, nuestro juicio es poco menos que apriorístico, porque, no tratándose de una novela, un poema ó un libro sencillo cualquiera, hay, naturalmente, que estudiar á un filósofo para hablar de él con verdadero conocimiento de causa, y más, cuando, como en nosotros, se trata de intelectuales que no se dedican especialmente á la filosofía ni aun mismo á otra rama del saber humano.

(Continuará).

# La primera conferencia pedagógica

## El doctor Vaz Ferreira en el Ateneo

### Habla respecto del "Exclusivismo pedagógico"

Bajo la iniciativa del sugestivo y, si se quiere, misterioso nombre de "Varios Maestros", se ha dado ayer la primera de una serie de conferencias pedagógicas. Y la verdad es que llama la atención la tal incógnita agrupación "ad hoc". Sin embargo, sean quienes quieran los que se escudan en tan profundo silencio, lo cierto es que merecen ilimitado agradecimiento por la actitud doblemente simpática de hacer "obra" y de permanecer ocultos.

En cuanto al resultado de estas conferencias, sin estar, nosotros, con los más optimistas, nos creemos muy lejos de los menos optimistas. Creemos que en todos los casos en que se agrupe al magisterio y, como anoche, se le proponga problemas que debe resolver él mismo, se hará tarea benéfica, nacional, humana.

Plantear cuestiones á nuestros maestros, pedirles que las desarrollen y estudien en las escuelas, solicitarles que observen y luego recogan el resultado de ese estudio para poderlo someter al análisis, en cualquier momento, es dar motivo al personal docente de las escuelas primarias para que viva en un continuo observar y, por consecuencia, en un continuo mejoramiento, en un continuo perfeccionamiento.

Creemos, pues, que si cada una de las conferencias cuya serie fué iniciada ayer por el doctor Vaz Ferreira, dejara, como esa, un problema pedagógico para desarrollar, estudiar y solucionar, con ello podría darse por brillantemente realizada y deberíamos conformarnos con 5 ó 6 de ellas cada cinco años, en la persuasión de que al cabo de algún tiempo seríamos la nación más avanzada en materia pedagógica.

Por otra parte, la conferencia que nos ocupa viene á establecer otra práctica y es la de "la experimentación pedagógica". Afirmó, el doctor Vaz Ferreira, por repetidas veces, que hasta hoy la Pedagogía es ciencia puramente teórica, no ha entrado, todavía, al terreno experimental y si bien es cierto que los psicólogos y fisiólogos entran ya á la escuela es para observar al niño, para tomarle la medida de la cabeza, del frontal, por ejemplo.

Bien podría decirse, y así lo entendemos nosotros, que esta conferencia es la continuación de aquella otra dada por el doctor Vaz Ferreira en el Instituto Normal de Señoritas, "Exceso de Pedagogía". Nos habló entonces, el conferenciante, de lo mucho que á las reglas pedagógicas suelen ceñirse algunos maestros, y ahora, refiriendo ese exceso á otro punto, hacía ver cómo son esclavos de esas mismas reglas.

Trató ayer, el distinguido profesor de filosofía, á modo de simple observación, la manera exclusiva de la enseñanza efectuada por la mayoría de los maestros para iniciar las lecciones mediante una serie más ó menos larga de provocaciones á una motivación. No quiso, el doctor Vaz Ferreira, en su trabajo de ayer, someter

á consideración del numeroso auditorio una cuestión resuelta sino que todo lo contrario, dijo que para él no son más que observaciones que viene haciendo desde hace tiempo sin haber llegado á un estudio relativo y que exponía esas observaciones, haciéndolas notar en varios ejemplos, para que los maestros allí presentes procediesen á estudiarlas. En ese orden de ideas relacionó y puso á comparación el medio de enseñar de que hemos dado cuenta, por la provocación, y el de la enseñanza directa. Haciendo, para el primer caso, el proceso de varias lecciones, por ejemplo: la multiplicación de quebrados, elasticidad y las estaciones sostuvo que, puesto que el maestro trata de llevar al alumno á través de una serie de artificiosidades, al fin que se ha propuesto, sin decirle de antemano qué es lo que ha de aprender, porque así lo requiere la naturaleza del sistema, se corre el riesgo de que el estudiante no sepa, luego, lo que en realidad ha querido enseñarle el maestro. Dijo que en cambio, por el otro sistema, por la enseñanza directa, se empieza la lección diciendo por anticipado lo que se ha de enseñar. Al ocuparse de esta forma de enseñanza, dijo que tiene la virtud de cautivar la atención y á propósito citó algo de Ramón y Cajal, el sabio histólogo español: He conocido á la mayor parte de los sabios de Europa — dice el español — y puedo garantizar que ninguno pasa de una inteligencia mediocre: incluso yo. Lo que tenemos que nos da valor, es la fuerza, el poder de concentración, el poder enfocar nuestra atención respecto de algún problema cuya solución nos hemos propuesto.

He interrogado á algunos niños, decía el conferenciante, que han sido enseñados por el sistema de las provocaciones, y puedo asegurar que las contestaciones obtenidas interesarían á los maestros, pues se ve frecuentemente confundidos los medios con el fin, aunque se apresuró á decir que de ninguna manera debía caerse en el error opuesto de no usar nunca el sistema criticado. Entró luego á enumerar los inconvenientes que á su juicio entraña tal sistema y los distinguió en la siguiente forma: 1.º Condena á maestros y alumnos á un tanteo para llegar al fin que se proponen; 2.º Es el que se adapta menos bien á la enseñanza colectiva; 3.º Es el más difícil de todos, al punto que cada caso es un problema lógico y psicológico; 4.º Es el que requiere más tiempo para su preparación; 5.º Como es artificial es el que más se presta á la artificialidad, produciendo, á su alrededor, una vegetación de artificiosidades y es, además, poco propicio á la simpatía.

Concluyó, el doctor Vaz Ferreira, su clara y concisa exposición haciendo la historia de ese sistema para hacer ver que solo la exclusividad que reina en cuestiones pedagógicas pudo hacer que aquel se adoptara para todas las materias y para todas las lecciones, en los distintos países.

## VAZ FERREIRA

## UNA BELLA CARTA DEL Dr. DOMINGO ARENA

El doctor Domingo Arena ha dirigido al Comité Ejecutivo pro homenaje á Vaz Ferreira una hermosa carta, que transcribimos á continuación, adhiriéndose á los trabajos que se realizan en ese sentido. Dice el doctor Arena:

Montevideo, Abril 21 de 1913.

Señor Presidente del Comité de Homenaje al doctor Carlos Vaz Ferreira.

Distinguido señor: Permita usted que sin ser ya, por desgracia, estudiante, me adhiera con entusiasmo estudiantil, al homenaje que con meritorio empeño se está organizando en honor de nuestro grande y bueno Carlos Vaz Ferreira.

Conozco bien á Vaz Ferreira. Tengo la suerte de haber sido su condiscípulo y de contarme desde entonces entre sus mejores amigos. Sé á que atenerme, por consiguiente, sobre cuanto se le debe. Su superioridad, que he reverenciado siempre, se me impuso desde nuestro primer encuentro, — y recuerdo, con vivo placer, que entre los que entonces hacíamos grupo, algunas decenas de imberbes de pro, las primeras explosiones de su vigoroso talento produjeron ese singular estremecimiento con que en el mundo físico se ha de anunciar la aparición de un astro nuevo!

La carrera universitaria de Vaz Ferreira fue, sencillamente, prodigiosa. Siempre lo supo todo con un mínimo de esfuerzo. Subía la escarpada cuesta del saber como un globo sin lastre, mientras los otros jadeaban ó desfallecían, — y sin querer apartarse de nosotros estaba siempre por encima de nosotros! Y yo suspendido y admirado, al verlo sembrar conocimientos en las materias mas distintas y distantes, no podía menos de imaginar que aquel extraño muchacho — manojito de nervios regiamente coronado por una soberbia cabeza — muy suave, algo solitario, ligeramente melómano, estaba derrochando despreocupadamente una colosal herencia de sabiduría, amasada por quien sabe que misterioso antecesor, habitante de alguna misteriosa India Intelectual hoy olvidada!

¡Lo que debía de haber sido Vaz Ferreira si hubiera podido expandirse en toda su plenitud en un escenario propicio! — Indudablemente no será él quien deba contarse entre los atormentados por la amarga esterilidad. Su obra robusta y hermosa, enaltece como pocas el pensamiento americano y está ubicada definitivamente en el mapa del progreso intelectual. Lo mejor de su espíritu, infiltrado ya en muchos selectos espíritus, asegura el reverdecimiento de sus ideas hasta para un lejano porvenir. Pero así y todo, sé que no está contento. Si fuéramos á juzgar por la serena melancolía de su gesto, diríamos que su vida actual es la procesión de un gran dolor — el dolor de no poder escribir muchos libros ya pensados —, solo comparable al de la mujer que se siente madre y que sabe que no podrá alumbrar! Es, pues, más que útil, más que necesario, — ¡es humano! — abrigar celosamente en nuestro medio borrascoso, á ese producto seleccionado de la raza — un poco exótico y algo desarmado — todo cerebro y todo corazón, para que pueda producir lozanos y sazonados todos los frutos que ofrece su exuberante organización!

Vaz Ferreira tiene para mí un mérito superior al del valor intrínseco de su obra: el de haber humanizado la filosofía

y el filósofo. — Hasta ayer la filosofía era, generalmente, abstracta ó abstrusa, indigesta y á veces ininteligible — y el filósofo casi siempre un personaje hirsuto y absurdo, pedante é intratable. Se diría que la ciencia destinada á esclarecer los mas grandes misterios, estaba obligada á presentarse envuelta en el misterio y que sus grandes sacerdotes habían de gastar necesariamente la solemnidad de los augures. Con Vaz Ferreira todo eso ha cambiado. La filosofía se ha hecho concreta, clara, fácil, amable. Es que se le abarca al través de un temperamento abierto á las cuatro direcciones del espacio, — extenso é intenso, original y esteta, — que llega hasta el corazón de las cosas sin perder ninguno de los dones de la gracia y que se levanta hasta las regiones irrespirables, abriéndose en imágenes soberanas!

En cuanto al filósofo se nos aparece como un hombre corriente, casi un muchacho grande y bueno, un poco tímido, ligeramente sobrecogido, de marcha algo incierta, — como la del habitante de un planeta mejor que no acaba de adaptar á este mundo demasiado áspero y pedestre, — con esos sus grandes ojos de mirada interior de los iluminados, que hace naturalmente filosofía como los poetas hacen estrofas.

Yo ya había sentido la necesidad de desagraviar en nombre de todos á Vaz Ferreira, proponiendo, desde mi modesto puesto, la creación del Instituto de Psicología, destinado naturalmente, para él. Pero el plan de ustedes, por lo mismo que es más amplio, me parece mejor. Para un espíritu como el de nuestro amigo, todas las normas resultan estrechas. ¡El águila necesita horizonte, todo el horizonte! Démosle, pues, en provecho de todos, plena libertad de acción. ¡Qué vuele por dónde quiera! La juventud nunca estará desorbitada mientras la oriente la palabra clara y sonora del filósofo artista! Guñada de su mano puede internarse en los laberintos más oscuros, bordear las cimas más abruptas, fantasear por las regiones más inclementes, segura de no turbarse, de no caer, de no perderse, pues siempre ha de avivarle el obstáculo y aclararle el camino el foco poderoso de una mente superior.

Otra ventaja inmensa veo en el plan de ustedes: el que la juventud pueda estar constantemente en contacto con ese block moral que encarna Vaz Ferreira. Porque Vaz Ferreira es, por encima de todo, un pedazo moral organizado y en marcha! — Por su moral es justo, por su moral es fuerte, y su moral es lo mejor de su talento! Capaz de comprenderlo todo y de perdonarlo casi todo, solo hace lo que estrictamente debe de hacer. Actos elementales de la vida son para él verdaderos movimientos de conciencia. Incapaz del menor acto violento, soportaría estoicamente todas las violencias, en cuanto se las impusiera el deber! Y toda esa fuerza se la dan sus rectos principios no empañados por ningún dogma. Porque Vaz Ferreira es un caso triunfante del espíritu nuevo, que suele hacer del incrédulo el mejor de los creyentes y del impío una fuente inagotable de piedad!

Para terminar permítanme ustedes que agregue que mi amigo el señor José Batlle y Ordoñez, al tener conocimiento de esta misiva me pidió les hiciera saber que les agradecería quisieran incluirlo entre los primeros adherentes del homenaje á Vaz Ferreira.

Los saluda con toda consideración.

Domingo Arena.

## El banquete a Vaz Ferreira

### SE REALIZARA EL PROXIMO MIERCOLES

Los organizadores del banquete al maestro de conferencias, doctor Carlos Vaz Ferreira, nos comunican que la inscripción se cerrará definitivamente el sábado próximo y que los interesados pueden hacerlo en la Casa Ott-Hnos., en lo de Bareiro y Ramos y en el Parque Hotel, y que el traje será de calle.

#### Lista de adherentes suscritos:

Doctor Gabriel Terra, Alfredo Furriol, Carlos Reyles, Juana de Ibarbourou, Emilio Frugoni, Julio Guani y señora Lastenia B. de Guani, Mateo Legnani, Luis Supervielle, César Batlle Pacheco, Pablo de María, señora Bernardina Muñoz de De María, Daniel García Acevedo, Domingo Arena, Francisco Ghigliani, Enrique M. Claveaux, Milo Beretta, Guillermo Rodríguez Guerrero, Ovidio Fernández Ríos, Andrés C. Pacheco, Abel Zamora, José P. Segundo, Mauro Sierra, Eduardo J. Couture, B. Varela Fuentes, P. Rubino, A. Delle Pianne, Eugenio Petit Muñoz, Matilde Regalía de Roosen, Pedro Barcia, Héctor Storace, Leonor Hosticou, Sara Rev Alvarez, arquitecto Fresneda, Enrique Legrand, F. Pereda, Enrique Figari, Clemente Estable, Carlos Benvenuto y señora, Emili Oriba y señora, Nicasio del Castillo y señora, Héctor del Castillo, Juan Capurro, Angélica Lussich Márquez, Deolinda Fernández de Elena, Conrado Terra Urioste, Sara Bollo, Raúl Mones, Carlos Demicheli, Juan L. Lorenza, Carlos Sabat Ercasti, José Paladino, Julio Paladino, Alfredo Cáceres y Sra., Idelfonso Pereda Valdez, Serapio del Castillo, Arq. Armas, Alcides Deambrosio, Leandro Castellano Balparda, Emilio Zum Felde, Juan C. Welker y señora, Ing. Federico Capurro, Enrique Gomensoro Ruano y señora Noelia Cabezudo de Gomensoro, Juan Andrés Ramírez y Sra. Adelaida García Morales de Ramírez, José Irureta Goyena, Dardo Regules, Héctor Alberto Gerona, Ing. Armando Regusci y Sra. Lidia Voulminot de Regusci, Orlando Pedragosa Sierra, Esteban Armas, Sebastián Puppo, Andrés Podestá, Justino Zavala Muniz y Sra. de Zavala Muniz, Julio C. Grauert, Luis Batlle Berres, Jorge Carbonell y Migal, Srtas. María y Enriqueta Barbosa Terra, Sres. Carlos del Castillo, José Pedro Rodríguez, Gabriel Anollés, Julio Casas Araujo, Enrique Sánchez Varela, Pantaleón L. Aztiazarán, Rogelio C. Dufour, Gustavo Gallinal, Carlos M. Prando, José Cúneo y Sra. Cúneo, Andrés Percivalle, Carmelo de Arzadum y Sra., Enrique Rodríguez Fabregat, Juan Alvarez Palacio, Juan F. Guichón, Ricardo Cosio, Antonio G. Fusco, Agustín Minelli, Francisco Alberto Schinca, Liber Troitiño, Carlos T. Gamba, Alfeo Brum, Luis M. de Mula, Rafael Batlle Pacheco, Mario García Capurro, Sra. Elena Urioste de García Capurro, José Luis Zorri-

lla de San Martín, Carlos Ott, Gerardo del Castillo, Ernesto Villegas Suárez, Sra. Graciela Piaggio Terra de Villegas Suárez, Osvaldo Crispo Acosta, Jaime Cibils Larravide, Sra. María Hamilton de Cibils Larravide, Amaro Carve Urioste, Ramón Alvarez Cortés, Germán Roosen, Ernesto Llovet, Sra. María Isabel Capdeville de Llovet, Mariano Pereyra Muñoz, Sra. Teresa O. de Pereyra Muñoz, Vicente Pablo, Juan Pou y Orfila, Julio César Cerdeiras Alonso y señora, José B. Nattino, A. Osvaldo Santini, señora Maruja E. de Santini, Francisco Jardi Abella, Patricio Pereyra, Eduardo Díaz Falp, Virgilio Scarabelli, Juan Alvarez Palacio, César Freire, Francisco Pucci, Enrique Apolo, Juan Duomarcó, Enrique Armand Ugón, ing. Otto Kasdorff y señora, doctor Oscar Ferrando y Olaf, Melitón Romero, Joaquín Secco Illa, Rodolfo Joanicó, Pedro Aladio y señora, Miguel V. Martínez, Fermín Carlos de Yéregui, Eduardo Giménez de Aréchaga, Carlos Riviere Podestá y señora, Valentina Piaggio de Riviere Podestá, Carlos de Castro, ing. agrón. Hugo Surraco Cantera, ing. Julio Compte y Riqué, Juan Carlos Sabat Pebet, Elda Compte Narvajas, Nelly Compte Narvajas, Idelfonso Pereda Valdéz, Aquiles Milans, señora Julia Varela de Milans, Carlos Peixoto de Abreu Lima, señora Amelia Villegas de Martínez, Félix Revello, Arturo L. Acevedo, Juan P. Pittamiglio, Carlos Mondino, Nicasio Héctor García, Bautista L. Toledo, Raúl Sierra, Dr. Luis Piera, Bernardo Riet Correa, Juan M. Gornero, Ricardo Sanguinetti, Alvaro Vargas Guillemet, Carlos A. Herrera MacLean, Fructuoso Pittaluga, Sra. María Esther Roosen Regalía, Enrique Amorín y Sra., Juan J. Amézaga, Federico Arrosa, Carlos Bazzani, Eduardo B. Gómez, Pedro Monti y Sra., María S. de Monti, Francisco Zorrilla de San Martín y Sra. Nin de Zorrilla de San Martín, Alfredo Nebel Palomeque y señora María Justina Farrini de Nebel Palomeque, Luis Matiauda y Sra. Rosa Russo de Matiauda, José V. Longo y Sra. Leonor Brandi de Longo, Pascual Quagliatta y Sra. Elena Pasquali de Quagliatta, Oscar Jover y Sra. Elida Bervejillo de Jover, Abel Hnos., Arturo Terra Arocena, Pedro Díaz, Adolfo Shaw, Victoriano Martínez, Pablo Ferrando, Serapio del Castillo, Caulin Hnos. Raúl Araujo, Nicasio del Castillo, María Carlota Lussich de del Castillo, Héctor del Castillo Lussich, Hugo Surraco, Carlos M. Triánón, Juan Carlos Sabat Pebet, Ramón Alvarez Lista, Mercedes San Martín de García, María Julia Amaro Hosticou, Dorila Sánchez, Emilio Regalía, Enrique Rolando, general José María López Vidaur, Luis Matiauda, Julio E. Moreau, Juan A. Varela Fuentes, José May, Rómulo Naón, Antonio Seré, Carlos M. Rossi, Diego Legrand, Federico Ledue, Federico A. Corleto, Francisco M. Prestes, Enriqueta Compte y Riqué, Elida Conte Narvajas, Matilde y Elvira Vaz Ferreira, Dolores Martínez de Freire, Isabel Ebelinda de Pazos.

viernes 24 de junio de 1932

# El banquete a Vaz Ferreira

## NUEVOS ADHERENTES

Ing. Juan P. Fabini, Dr. Juan Carlos Blanco, Sr. Tomás Berreta, Ing. Adolfo Sahw Dr. Pedro Díaz, Sra. Amelia B. de Rodríguez Guerrero, Sta. Olga Pacheco Romeu, Dr. Alberto Mañé, Sra. María H. Garzón de Mañé, Ramón Vidal, Cap. Angel Cambor, Dr. Daniel García Capurro, Dr. Jacobo Varela, Dr. Miguei C. Rubino, Esteban Armas, Alvaro Vargas Guillemete, Lorenzo Fodere, Sara Elola de Andreasen, Cecilia Dárdano de Pérez Listre, Martha Dahetz, María Josefina Greco, María Leonor Castro, Luisa Amanda Dahetze, Clementina Bonino López, Luisa Marchese de Pintin, María Clara Oyarzabal Leoni, María Isolina Pérez Otero, Gerónima Dagnino de Scaroni, María Cagnoli, Dora Ruiz, Alina Tourn, Ecilda Fernández de Moreira, Brenda Delbene, Ethel Silva, Heminia Susviela, Angela Camacho Olivera, Elsa Doris Minotto, Dora Renée Dussour, María S. Garbarino Iris Boinio, Florinda Pedruelo, Juanita Blanco, Brenda Duffoure, Sofia D'Albora, Aurora Rinaldi, Aurora Artigas, Elena Mouriño, Emilia Ichuste, Gregoria Alvarez, Laura M. Brissolés, Nélica Lencina, De la Andreolo, María J. Basanti, Estela Clapés, Ofelio Cazabonet de Mourelle, María E. Percivalle, Ricardo Abal, Arturo Terra Arocena, Caulin Hermanos, Isabel Abelenda de Pazos, Juan Schauricht, Pablo M. Ferrés, Carlos Demicheri, Víctor B. Soudriers, Enrique Legrand, Carlos Zumarán Arocena, Alberto Galeano y señora.

## EL HOMENAJE A VAZ FERREIRA

### CONSTITUYO LA EXPRESION DEL SENTIMIENTO POPULAR POR LA DESIGNACION DEL MAESTRO DE CONFERENCIAS

Siempre resulta lamentable la vertiginosidad con que el periodista debe hilvanar sus notas, porque ella significa casi siempre el estrujamiento de su visión, condenada a caber en determinado espacio del diario.

Para el cronista, obligado a cumplir con el lector en puntualidad, en exactitud de la información y en fluidez de lo que escribe cuando ello llega a tocar el espíritu, es sacrificio reducir el vuelo de su sensibilidad cuando llegan a ella los hechos que se singularizan por su alcance. En una palabra, puede decirse que hay incidencias que ningún periodista es capaz de relatar, porque si bien las percibe en toda

moral y metafísica en el período en que nosotros debíamos seguirlo. Encontramos a Vaz Ferreira en el momento en que el hombre vive la gran vida del sentimiento y del espíritu. En el debut de la inteligencia frente a los problemas eternos hace falta una dirección. El paso de la seguridad objetiva de la niñez a la duda racional y afectiva es un momento grave de la evolución del espíritu. El que de pie, frente a la vida, ausulta el porvenir incierto y de pie frente a las cosas abarca en un instante la magnitud del enigma, se resigna mal a que los problemas no tengan solución. La ansiedad religiosa, la materia, el espacio y el tiempo, el alcance de

acontecimientos que nos brinda la actualidad serán para vuestra saciedad tema de exploración y de consejo.

Doctor Vaz Ferreira, que al haceros cargo de vuestra cátedra realizéis la obra que todos esperamos.

#### DISCURSO DEL DOCTOR VAZ FERREIRA

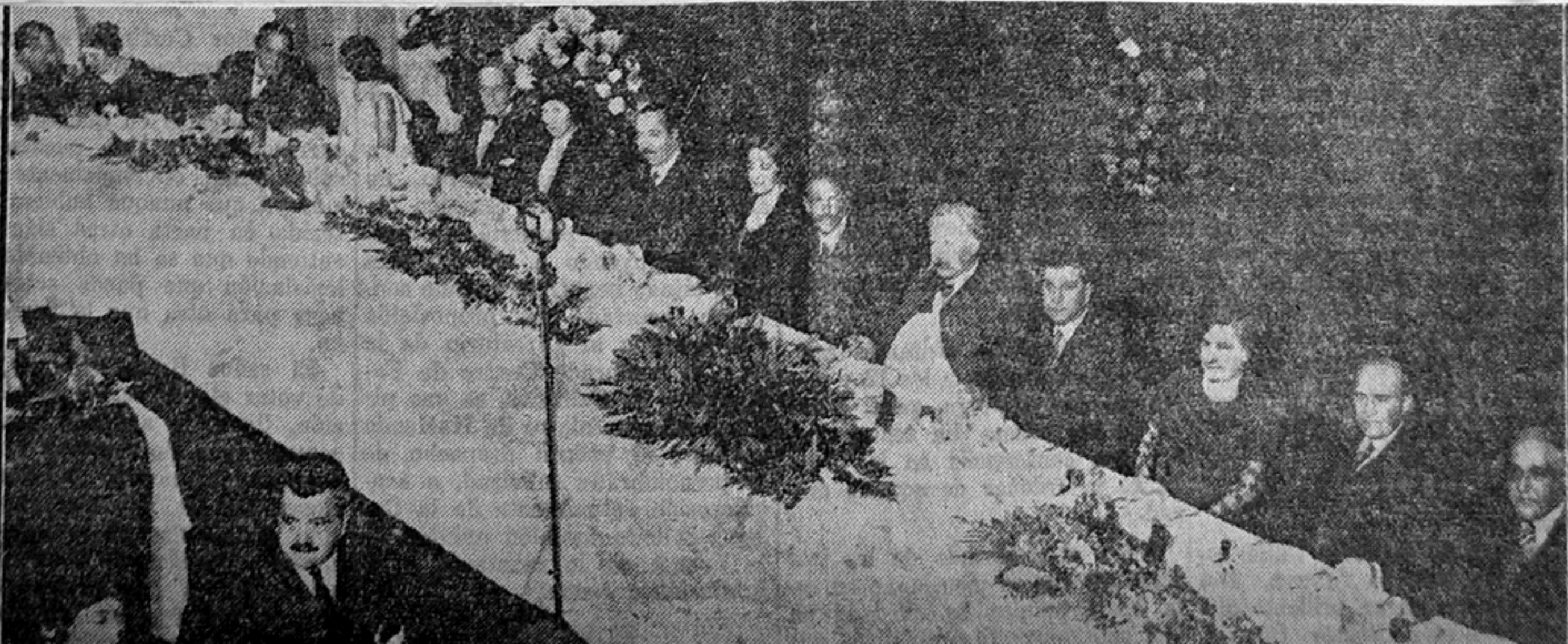
Perdónenme que el discurso que realmente hubiera querido preparar no sea posible: tengo demasiado que agradecer, y a demasiados.

Al ilustre compatriota cuya generosa nobleza me puso en condiciones de recuperar la Cátedra que él con bien altos títulos hubiera podido ocupar.

A tantos amigos míos — y aun

eil, en verdad absurda: suplir, deficientemente, y deficientemente a sabiendas, a todas las instituciones oficiales de cultura superior desinteresada que deberíamos tener, y que, en ese carácter, faltan globalmente entre nosotros.

Y, por extrema paradoja, sin poseer ninguna de las condiciones, no ya del orador, sino las mismas del conferenciante. Lo que tuve siempre, además de mi honestidad intelectual y de un sentido equilibrado de la verdad y la justeza fué amor y fervor, sinceridad y constancia. Por esta última, sobre todo, hice lo que hice: una llamada débil pero continua, aunque sea sin fulgores — ni fuegos de artificio — a la larga acaba por ca-



# LA EXPRESIVA DEMOSTRACION DE ANOCHE EN HONOR DE VAZ FERREIRA

Los amigos y discípulos de Vaz Ferreira le ofrecieron anoche, en el salón de Fiestas del Parque Hotel, una demostración con motivo de habersele conferido nuevamente la Cátedra de Conferencias, desde la que su sabio discursar iluminó a nuestra juventud universitaria y le trazó normas para una más alta orientación espiritual.

La demostración adquirió proporciones de un acontecimiento extraordinario y puede asegurarse, sin temor de incurrir en error, que tuvo el significado de un verdadero homenaje nacional tributado justicieramente a uno de nuestros más altos valores espirituales. Corroboró esta aseveración no solo el hecho de que los concurrentes a la demostración de anoche alcanzaban a varios centenares sino también y principalmente, la circunstancia — por cierto sugestiva — de que algunos de los oradores que exaltaron la personalidad de Vaz Ferreira pertenecen a diversos y opuestos partidos políticos y otros viven consagrados a las más nobles especulaciones del espíritu, al margen de toda preocupación partidaria.

Cabe destacar el hecho de que los palcos altos que circundan el Salón de Fiestas se encontraban totalmente ocupados por familias y caballeros, que quisieron, con su presencia, testimoniar su admiración y su simpatía a nuestro eminente filósofo.

Ofreció la demostración el doctor Claveaux, quien — en elocuentes conceptos — enalteció la obra de Vaz Ferreira y puso de manifiesto la alta significación cultural de la Cátedra de Conferencias, dictada durante varios lustros por el maestro de la juventud.

A continuación el doctor Vaz Ferreira agradeció el homenaje que se le tributaba, pronunciando el expresivo discurso que transcribimos a continuación:

Perdónenme que el discurso que realmente hubiera querido preparar no sea posible; tengo demasiado que agradecer, y a demasiados.

Al ilustre compatriota cuya generosa nobleza me puso en condiciones de recuperar la Cátedra que él con bien altos títulos hubiera podido ocupar.

A tantos amigos míos — y aun a extraños — que ayudaron o prestigiaron mi causa, y a quienes sería mi mayor placer poder nombrar aquí, uno a uno, y recordar sus esfuerzos, sus manifestaciones de adhesión y afecto, sus generosas exageraciones, en detalle, como todo eso quedará siempre en mi memoria.

A las organizaciones culturales artísticas, científicas, patrióticas o gremiales, que me honraron prestándose su autoridad y su fuerza moral.

A los Maestros, a los Profesores y a los Estudiantes, con todos los cuales me vinculan tanta actuación bien intencionada en el pasado, tantos proyectos bien intencionados para el porvenir, y los sentimientos de toda mi vida.

Al Consejo de Enseñanza Secundaria, que, con su Decano, se elevó sobre sus atribuciones oficiales para iniciar una gestión que me conmovió hondamente por sí misma, y por todos los recuerdos que en mí evocara.

Y, en cuanto a la Corporación de que dependió mi nombramiento muchas gracias a los miembros que apoyaron mi gestión. Y a los que por principio creyeron no poder hacerlo, si sufrieron por ello, llégueme mi agradecimiento también.

Convencido ahora de que incapaz de ocultar o disimular ideas y sentimientos y de adular, he podido conservarme estimado y querido creo que voy a poder seguir adelante en la tarea pesada en sí, pero para mí grata ahora más que nunca, que voy a volver a emprender.

Y es lo que han debido sentir los que han organizado este acto, porque sabrán que siempre fué debilidad mía (debilidad o fuerza; no sé bien) el necesitar, no elogios, pero sí afectos.

"No eres mejor porque te alaban ni peor porque te censuran; lo que eres eso eres". Tal vez... pero no sé si el autor de esa sentencia, en la que hay quizá más nobleza que humana verdad, como en todo lo que nos dejó el estoicismo, hubiera sido capaz de autorizarla si en vez de "alabanza" hubiera debido poner "carinho". En todo caso, hay almas que lo necesitan; y para mí era demasiado creer que, además de tantos sufrimientos; además

del rechazo de mis iniciativas mejores para el bien del país, se volvía inútil el sacrificio de mi obra intelectual a la propaganda y a la acción, si todavía mi misma sinceridad me había resutado los afectos, incapacitándome para hacer bien en la única forma que me quedaba posible.

Si, repito: los que han organizado este acto han comprendido lo que yo necesitaba. Y como, todavía, con tan penetrante delicadeza, han buscado el modo de asociar a él a mis familiares seres queridos, y entre ellos a la compañera de mi vida en cuya alma de bondad y de heroísmo, de abnegación y de esperanza, se penetra y se conforta la mía, sepan que ahora voy por bien venidos mis dolores

Eso, expresar como pudiera mi agradecimiento, era lo fundamental. Ahora sólo me queda hacer a ustedes un pedido: que no esperen demasiado de mí.

Voy a seguir en una tarea difícil, en verdad absurda: suplir, deficientemente y deficientemente a sabiendas, a todas las instituciones oficiales de cultura superior desinteresada que deberíamos tener y que en ese carácter, faltan globalmente entre nosotros.

Y, por extrema paradoja sin poseer ninguna de las condiciones no ya del orador, sino las mismas del conferenciante. Lo que tuve siempre, además de mi honestidad intelectual y de un sentido equilibrado de la verdad y la justicia, fué amor y fervor, sinceridad y constancia. Por esta última, sobre todo, hice lo que hice: una llama débil pero continua, aunque sea sin fulgores — ni fuegos de artificio — a la larga acaba por calentar.

Sería esa mi justificación para continuar. Pero, todavía, me he encontrado con que ni siquiera podría evitarlo. Yo antes sentía como esperanza la idea de que, cuando me fuera dado descansar de una labor no por cierto muy humana, podría dedicarme a fijar en unos cuantos libros lo principal de mis ideas; porque yo tenía en mi juventud ilusiones de originalidad, y debo confesar que todavía conservo la ilusión de que no eran ilusiones. Pero cualesquiera que hubieran podido ser las posibilidades de mi obra intelectual introvertida, no tengo, ni quisiera tener, cierta clase de alma, tan común en los medios de cultura, que puede hacerse toda inteligencia a efectos de gloria; ni me tienta dar al pensamiento lo que se de los afectos y de la acción. Y, todavía he descubierto que mi Cátedra me ha hecho contraer un tic profesional que no deja de ser interesante, reducir automáticamente a conferencias lo que yo y pienso; leer y pensar para los demás.

Sea, pues; vamos a seguir hasta el fin. Mi obra de pensamiento no se hará directamente ni completa. De ella sólo podré escoger, en mi Cátedra algunas condensaciones, mal y apuradamente precipitadas, que saldrán como las que salieron hasta ahora impuras: sucias de pedagogía; sucias de acción y de vida (y, si se pudiera hablar de semejante manera, diría también sucias de amor). Pero no me importa ese empequeñecimiento que estoy tentado de reivindicar como mi única grandeza: voy a ser feliz así si se me deja la creencia de que puedo hacer algún bien.

Lo que sí pienso es que, hasta para esto último, hay temas que sería "práctico" que yo no tratara. No deberé hablar, por ejemplo, de mis parques escolares ni demostrar que, de haber tenido mando algunos teóricos que los hubieran aceptado, ahora resultaría que aquella solución económica, además de tanto que daba por añadidura (en lo pedagógico venía a dar todo) se hubiera mostrado el único plan escolar compatible con la situación que ahora se sufre; el único que hubiera podido mantenerse y llevarse adelante por la baratura extrema de las construcciones; por la del suelo que alrededor de las ciudades de campaña llega prácticamente a la gratuitad; por la utilización de cada instalación de enseñanza práctica, de cada local de exposiciones, de ejercicios, deportes de cada laboratorio, de cada museo de cada cartel, casi de cada útil para miles de niños, en vez de ser para cien o doscientos.

No deberé hablar de cierto proyecto sobre enseñanza superior desinteresada, que, si lo hubieran dejado reali-

zar, nos permitiría ya tener, barato y no malo en sí, un sustitutivo (por ahora; y, para después, un núcleo germinativo) de esas Facultades de Filosofía, de Letras y Arte, de Pedagogía, de Ciencias Físicas, Naturales, Biológicas, Sociales, que, ahora, en tanto tiempo, ya no podremos tener... No deberé hablar de mis proyectos ni de mi propaganda para reducir a los inevitables los males del "examinismo", porque aunque lo que por fin se aplicó de ello ha suprimido o atenuado verdaderos horrores, mis ideas en cuanto al resto no serán aceptadas mientras, equivocados en esto como tantos funcionarios los mismos estudiantes cuyo bien fué — y será — uno de mis sentimientos más hondos, permanezcan en el error de no excluir de su "Reforma" algunas de las más dañosas manifestaciones de aquella tendencia... Y hay todavía otros temas peligrosos que han surgido después... Prometo no hablar mucho de ellos; por lo menos en las dos o tres primeras conferencias...

Lo grave es que ya se está formando una aquí mismo, y no sería manera oportuna, y sobre todo amena, de agradecer en esta reunión, que debe ser sólo para sentir. En ella, con los representantes de la generación que hace veinte años llevó a realidad oficial mi Cátedra, están, por una parte, algunos de mis antiguos maestros, o compañeros; por otra, representantes de generaciones posteriores con que por tantos años, seguí compartiendo entusiasmos y aspiraciones. Así, precisamente habría que hacer, no "la" reforma sino "las" reformas las muchas que siempre hay que hacer no por alguna generación contra otras sino por la colaboración unida de los mejores de todas las generaciones contra los inferiores o los inexistentes de todas. Pero eso es la conferencia que vuelve... Otra vez, del fondo del alma (todo mi agradecimiento!)

El señor Clemente Estable leyó un interesante trabajo, en el que hizo la apología del pensamiento filosófico, de que nace la luz que ilumina a los hombres.

En la parte oratoria el doctor Emilio Frugoni dió una nota de alto interés, pues en su discurso estuvieron aunados el humorismo y la elocuencia.

Sostuvo que Vaz Ferreira es el filósofo del perfecto equilibrio lógico y de absoluta probidad intelectual.

Afirmó, asimismo, que es un verdadero maestro de espíritus.

Recordó la afirmación de Voltaire según la cual "los filósofos no influyen ni sobre los vecinos de su calle".

Comentando este pensamiento, dió el doctor Frugoni que quizás sea por eso que andan tan mal las cosas en el vecindario.

Puso de manifiesto que Vaz Ferreira no es un indefinido, ni un unilateral.

Expuso la fe de nuestro filósofo en las soluciones de piedad y de libertad.

Finalizó diciendo que enseña a pensar verticalmente y en profundo, en un País en que abundan tanto los espíritus horizontales.

El señor Rodríguez Fabregat recordó su actuación ministerial en la que bregó afanosamente por llevar a la práctica el proyecto de Parques Escolares de Vaz Ferreira. Formuló algunas consideraciones tendientes a demostrar que ese proyecto resuelve el problema de nuestra enseñanza primaria, haciéndola eficiente en grado sumo.

Un delegado de la Federación Universitaria del Uruguay adhirió, en nombre de esa entidad a la demostración expresando que Vaz Ferreira es el símbolo vivo de los anhelos de la juventud estudiantil.

En representación del Consejo de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, habló el doctor José Pedro Segundo quien expresó la adhesión de la corporación que representaba y la suya personal a la demostración y su regocijo íntimo por haber sido reintegrado a su Cátedra de Conferencias el doctor Vaz Ferreira.

La poetisa Sara Bollo y los poetas Carlos Saahí Ercaasty y Emilio Orbe levaron bellísimas composiciones poéticas en honor de Vaz Ferreira y el poeta Silva Valdés dió lectura a su poesía titulada "Romance para un reo", lo que contribuyó a acrecentar las proporciones que adquirió el homenaje.

**VOTO por el doctor**

**Carlos Vaz Ferreira**

**para el cargo de Rector**

**de la Universidad**

**Montevideo, Mayo 29 de 1935.**

# LLEGO UN GRAN INTELLECTUAL URUGUAYO; VAZ FERREIRA

## El Destacado Maestro de la Juventud Uruguaya Realiza un Viaje de Descanso

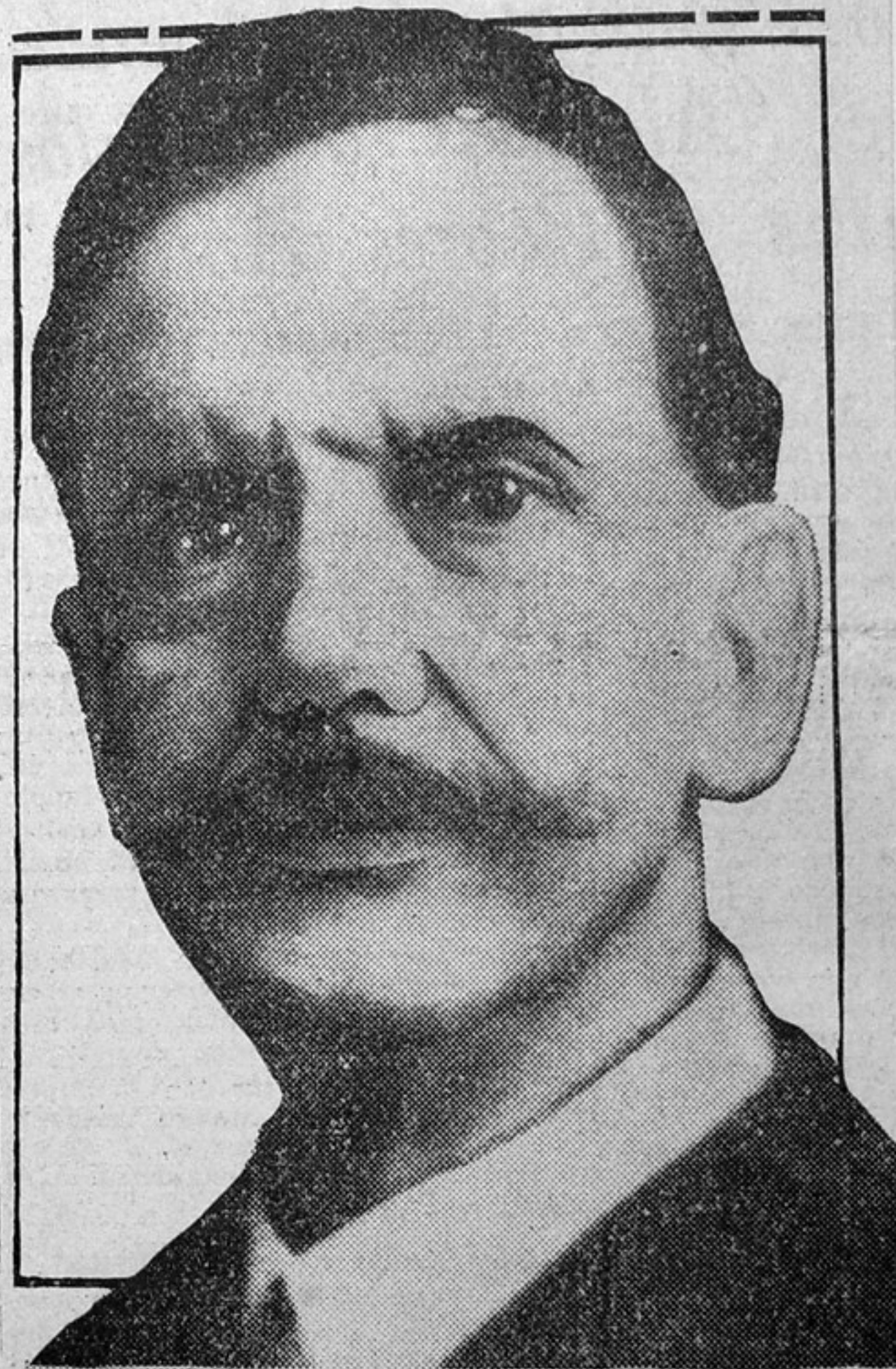
SE encuentra en Buenos Aires el doctor Carlos Vaz Ferreira, ilustre maestro de la juventud universitaria uruguaya y uno de los valores intelectuales y morales más altos de América. Insensible a todo requerimiento periodístico, por una firme determinación de su espíritu, esta decisión se fortalece en los motivos de su estada en esta capital, que son de absoluto descanso de la labor intelectual que desarrolla desde su cátedra de la Universidad de Montevideo, en donde es maestro de conferencias.

Si la obra publicada por el doctor Vaz Ferreira ha bastado para asegurarle el respeto y la consideración de los centros cultos, en los que su "Lógica Viva", "Moral para Intelectuales" y los diversos volúmenes de cuestiones pedagógicas son familiares y se los cita con frecuencia, su labor en la mencionada cátedra, sostenida durante más de veinte años con talento y originalidad reconocidas, mostrará, cuando el doctor Vaz Ferreira se decida a publicarla, todo el valor de su investigación personal en una diversidad de aspectos extraordinaria.

La enseñanza ocupa tan grande lugar en la vida del maestro uruguayo, que cuando obtuvo la jubilación y pensó dedicarse a la tarea de preparar la publicación de su obra y corregir las versiones taquigráficas de sus conferencias, volvió nuevamente a la cátedra que había abandonado, a la que ha dedicado lo mejor de su inteligencia, y que goza de merecida reputación en América. Se la puede caracterizar, diciendo que es toda una facultad de filosofía y letras a cargo de una sola mentalidad de un vigor y penetración extraordinarios.

Vaz Ferreira es, además, un hombre de convicciones democráticas inquebrantables y de una austeridad moral inigualable. Su nombre acaba de merecer la simpatía del claustro de la Universidad de Montevideo, que se apresta a consagrarlo, por segunda vez, rector de la misma.

Durante su brevísima permanencia en Buenos Aires, el doctor Vaz Ferreira es agasajado por lo más representativo de nuestros círculos universitarios e intelectuales, donde su presencia suscita un vivo calor de amistad, y aunque su temperamento de innata modestia lo sustraiga con firmeza de los homenajes que se le hubieran querido tributar.



CARLOS VAZ FERREIRA

e asegurarse que  
de la convención

*"Crítica" Martes 14 de Mayo 1935*



## EL DR. CARLOS VAZ FERREIRA TOMO POSESION DEL RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD

La ceremonia se realizó ayer tarde en la F. de Derecho



Concurrencia que presenció la ceremonia en que el doctor Vaz Ferreira se hizo cargo del Rectorado de la Universidad. — Abajo: El nuevo Rector firmando el acta correspondiente

En el salón de sesiones del Consejo C. Universitario, se realizó en la tarde de ayer el acto de entrega del rectorado de la Universidad, por el Ingeniero Molins, que hasta ayer lo desempeñaba, al doctor Carlos Vaz Ferreira, electo por la Asamblea del Claustro.

La ceremonia, congregó allí, á los decanos de nuestras facultades, consejeros de la Universidad y distintos miembros de la misma, profesores y otras personas vinculadas con las actividades de enseñanza superior.

El Ingeniero Molins, hizo uso de la palabra, destacando el significado de la incorporación al Rectorado del doctor Vaz Ferreira, quien á su vez agradeció la distinción de que se le hacía objeto, al llevarle á la dirección de nuestro primer instituto de enseñanza

De inmediato labróse el acta correspondiente.



FEDERACIÓN UNIVERSITARIA ARGENTINA

---

Commemoración de la  
Reforma Universitaria

1918 = 1939

Invitado de honor:

Dr. Carlos Vaz Ferreyra



Junio 17 de 1939

# Celebró la F.U.A. el Aniversario de la Reforma

Vaz Ferreyra Fué  
Invitado de Honor

Un Banquete ★ Rectores de Montevideo y La Plata

Dió lugar a un significativo acto de afirmación reformista el banquete realizado anoche por la Federación Universitaria Argentina, celebrando el vigésimo primer aniversario de la Reforma, cuya fecha se cumplió el 15 del actual.

## LA CONCURRENCIA

Numerosa concurrencia, entre la que se contaba como invitado de honor el rector de la Universidad de Montevideo, doctor Carlos Vaz Ferreyra; el presidente de la Universidad de La Plata, doctor Juan Carlos Rébora; el decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la misma ciudad, doctor Eduardo Giuffra; el presidente de la Federación Universitaria, señor Pascual Cafasso, y gran número de profesores, egresados y estudiantes de las distintas Universidades de todo el país, llenaba el amplio salón del hotel Marcone, donde se tendió la mesa para la gran fiesta de camaradería.

## LOS DISCURSOS

Al iniciarse el banquete hizo uso de la palabra, en nombre de la entidad organizadora del acto, el delegado de los estudiantes cordobeses, Máximo Butta, quien pronunció un discurso destacando el significado de la fecha que se conmemoraba, señalando que cada nuevo aniversario de la revolución universitaria de Córdoba es un replanteo de problemas y un cálculo de nuevas tareas a encarar.

Posteriormente señaló que hay actualmente una crisis de la política, que sólo podrá ser resuelta con la ayuda de la Universidad.

"Fórmulas empíricas tradicionales fracasos o sino inocuas, ante la complejidad moderna de un mundo donde los hechos aparentemente más anodinos tienen una resonancia profunda y lejana a través de todas las capas sociales" —dijo el orador— agregando en seguida: "Problemas sociales y económicos de nudos intrincados no pueden ser abarcados con la sola y tradicional intuición del caudillo."

Señaló más adelante el orador que el estudiante, pese al prejuicio existente, no es sólo un político, puesto que a él interesan más que a nadie los intereses del Estado y éste puede necesitar de él.

Refiriéndose a la Universidad, puso de manifiesto que su función no puede ser completa, si no sale de los claustros y se pone en contacto con la vida. "Por ello —dijo más adelante— lo que quiso el estudiante de 18 no fué solamente echar abajo la estatua de Trejo, sino planear la Universidad sobre una escala más ambiciosa. No era solamente renovar profesorado o liberar cátedras. Hay algo más: es volver sobre sí mismo y pensar para qué se estudia; no se trata de conocer el punto de vista de los romanos, se trata de hacer del estudio una fuente de renovación continua y al cambiar el objeto de los estudios, cambiar el destino de la Universidad, para hacerla un órgano vivo, en todos los instantes de la República".

Le siguió al orador, en el uso de la palabra, el presidente de la Federación Universitaria Argentina, señor Pascual Cafasso, quien aludió a la influencia de la reforma universitaria



EL DOCTOR CARLOS VAZ FERREYRA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE Montevideo, fué el invitado de honor, anoche, en el banquete organizado por la Federación Universitaria Argentina, para celebrar el 21.º aniversario de la reforma universitaria. El ilustre maestro uruguayo, que aparece aquí junto al presidente de la F. U. A., señor Cafasso, y el doctor Rébora, quien dedicó una charla a la juventud estudiosa argentina

## LOS RECORTES

Buenos Aires

Cangaño 940 — U. T. 35 2786

## LA PRENSA

BS. AIRES

9 JUN 1936

### Hoy Empezará el Regreso a Montevideo El Doctor Vaz Ferreyra

En el vapor de la carrera emprenderá esta noche viaje de regreso a su país, el rector de la Universidad de Montevideo, doctor Carlos Vaz Ferreyra, quien pronunció una interesante serie de conferencias sobre distintos temas, entre ellos, el relacionado con "La crisis del presente desde el punto de vista racional".

Cumplidos los propósitos de índole cultural que motivaron el viaje a esta ciudad, el doctor Vaz Ferreyra emprende el retorno, después de haber recibido una cordial acogida y habérsele agasajado por miembros destacados de los círculos universitarios, intelectuales y científicos de Buenos Aires.



Rosario, mayo de 1940

El Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral tiene el agrado de invitar a Ud. a concurrir a la disertación del Prof. Carlos Vaz Ferreira, sobre el tema:

"Interferencia de ideales en general, y caso de la imitación en Sud América".

acto con el cual el Instituto celebra el 20º Aniversario de la creación de la Universidad y el 50º de la fundación de la Universidad Provincial, inaugurando el ciclo de conferencias del corriente año.

El disertante será presentado por el señor Rector de la Universidad, Dr. Josué Gollan (h).

MARTES, 14 DEL CORRIENTE  
HORA: 18 Y 15

SALÓN DE ACTOS DE LA FACULTAD  
DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
BULEVAR OROÑO 1261

INTERFERENCIA DE IDEALES EN GENERAL, Y CASO DE  
LA IMITACION EN SUD AMERICA.

**SUMARIO:** Interferencia inevitable y legítima de los ideales buenos. Otras interferencias ilegítimas y artificiales. Ideales de pensamiento e ideales de acción. Aplicación al caso de la imitación en Sud América. Interpretación, ajuste y peligros de la imitación.

CARLOS VAZ FERREIRA

Pedagogo y psicólogo uruguayo. Profesor en la Universidad de Montevideo, y desde 1935, Rector de la misma.

Tiene escrita una gran cantidad de obras, entre ellas: "La exageración y el simplismo en Pedagogía"; "Moral para intelectuales"; "Lógica viva"; "Lecciones sobre Pedagogía y cuestiones de Enseñanza"; "Conocimiento y acción"; "Informe sobre la enseñanza secundaria"; "¿Cuál es el signo moral de la inquietud humana?"; "Sobre Feminismo"; "Estudios pedagógicos; Series I, II y III", etc.

En 1939, pronunció con mucho éxito una serie de conferencias sobre la Democracia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a invitación de la misma.

MONTEVIDEO, JUEVES 8 DE NOVIEMBRE DE 1945

## ACTO DE POSESION DE CARGOS DEL CONSEJO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES



Foto tomada durante la ceremonia de toma de posesión de sus cargos por los miembros del Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias.

El Consejo Central Universitario, en ceremonia efectuada ayer, dió posesión de sus cargos a los miembros del Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias, cuya creación acaba de sancionar el Parlamento.

Abrió el acto el rector de la Universidad, Dr. José Pedro Varela, quien en una interesante reseña historió el desarrollo de la institución universitaria, destacando la rápida evolución de nuestras facultades. Refiriéndose al Dr. Carlos Vaz Ferreira, expresó que era éste el verdadero fundador de la Facultad de Humanidades, cuya primer iniciativa en ese sentido fué expuesta, hace ya 31 años, en la cátedra de Conferencias. Añadió que éste y otros antecedentes del ilustre profesor, justificaban sobradamente, el nombramiento del Poder Legislativo al designarlo presidente del nuevo Consejo. Finalmente, el Dr. Varela, con palabras de congratulación, cedió el sillón presidencial al doctor Vaz Ferreira.

El distinguido universitario pronunció de inmediato, un bello discurso, con la galanura que lo ha consagrado maestro de conferencias.

Expresó inicialmente, que la Facultad de Humanidades se creaba con tres décadas de atraso, habiendo sido quienes dificultaron su concreción aquellos, por cuyo excesivo sentido prác-

tico, no veían la finalidad útil de un centro docente de tal naturaleza; y, luego, aunque parezca paradójal, sus mismos partidarios. Estos últimos, porque su inquietud creadora los llevaba a la formulación de distintos proyectos, los cuales, aunque dirigidos al mismo fin, se oponían en su estructura.

Agregó que si bien era cierto el espléndido desarrollo de nuestra Universidad, habíamos quedado, respecto no ya de las universidades europeas, sino de las americanas, en un considerable retraso en lo que se refiere a la enseñanza de humanidades —filosofía, letras, artes— y de ciencias. Las primeras, en contraposición a los estudios teológicos y, las segundas en la investigación pura, sin la canalización restrictiva, que impone la orientación profesional.

Es exacto que nuestras facultades integran sus programas con filosofía, literatura, y otras de índole humanista; pero su estudio adolece de la superficialidad de materias complementarias, ajenas a la profundización —por otra parte no procede— en los institutos de enseñanza profesional.

Expresó, luego, el Dr. Vaz Ferreira, que la marcha del nuevo Instituto ofrecía múltiples problemas. El primero —más bien aparente— atañe a qué clase de

alumnos debiera aceptar la Facultad de Humanidades. El ingreso debe ser accesible a cualquiera, con una sola discriminación selectiva: el simple asistente a clase y el alumno que trabaje con interés y aptitud intensiva, formulando para éstos últimos una serie de condiciones.

Una de las cuestiones que tiene considerable dificultad de solución es la atinente a la fijación del número de cátedras a crearse y su remuneración.

Los problemas inmediatos, para los cuales será necesario un intenso espíritu de trabajo y de colaboración, se refieren a la instalación de la nueva Facultad, adquisición del utilaje administrativo y didáctico. Para el material didáctico —destacó el orador— será valiosísima la cooperación de las restantes facultades.

Finalizada la exposición del Dr. Vaz Ferreira, se firmó el acta de instalación, clausurándose la ceremonia.

Integran el Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias el Prof. Dr. Carlos Vaz Ferreira —como queda antes dicho— en carácter de presidente y, como consejeros, los señores, Dr. José P. Segundo, doctor Dardo Regules, Dr. Justino Jiménez de Aréchaga, Dr. Emilio Oribe, Prof. Clemente Estable y el ingeniero Eduardo García de Zúñiga.

# Visitó La Plata el rector de la Universidad de Montevideo Dr. Carlos Vaz Ferreira



Ayer fué huésped de nuestra ciudad, por unas horas el doctor Carlos Vaz Ferreira, rector de la Universidad de Montevideo.

El distinguido intelectual uruguayo visitó la Universidad local siendo re-

cibido por el presidente de la misma doctor Juan Carlos Rébora y un núcleo de profesores de la casa.

Más tarde el doctor Vaz Ferreira se trasladó al Jockey Club, en cuyos salones se realizó un almuerzo que

le fué ofrecido por el doctor Rébora.

En la fotografía que publicamos, aparece el doctor Vaz Ferreira acompañado por los doctores Rébora, Loyarte, Magliano, Pepe y otros profesores.